

## Mujeres del cafetal en la región central de Veracruz Aportaciones femeninas a la economía campesina en el colapso de 2013-2017

### Women of the coffee plantation in central Veracruz Feminine contributions to the rural economy in the 2013-2017 collapse

Lorena Paz Paredes

En este ensayo analizo la aportación femenina a la economía familiar y comunitaria en localidades cafetaleras de la región veracruzana Xalapa-Coatepec, durante el reciente colapso de la producción de café provocado por la propagación de la roya, que arranca en 2013. Esta crisis feminizó la vida y la economía de la zona y potenció redes solidarias del cuidado. Entonces se evidenciaron múltiples funciones de las mujeres como trabajadoras, productoras, administradoras de remesas, proveedoras y cuidadoras, mientras aumentaba la migración de varones a causa de la pobreza, el desempleo y la violencia. El texto recoge voces de productores del Consejo Regional del Café, de hombres y mujeres de las comunidades de Chavarrillo, El Espinal, Chiltoyac, Palmarejo, Pinoltepec y San Miguel Tlapexco.

Palabras clave: crisis cafetalera, género, feminización, redes del cuidado.

In this essay I analyze the feminine contribution to the family and community economy in coffee plantations in the Veracruz region of Xalapa-Coatepec during the recent collapse of coffee production caused by the rust spread that began in 2013. The crisis feminized the life and economy of the zone through solidarity networks of care, and women took on multiple roles such as workers, producers, administrators of remittances, suppliers and caretakers at a time when young men began to migrate because of poverty, unemployment and violence. This work collects voices of peasant of the Regional Coffee Council, of men and women of the communities of Chavarrillo, El Espinal, Chiltoyac, Palmarejo, Pinoltepec and San Miguel Tlapexco.

Key words: coffee plantation crisis, feminization, gendre, networks of care.

Fecha de recepción: 15/01/2017

Fecha del dictamen: 30/04/2018

Fecha de aprobación: 04/05/2018

## EL CAFETAL Y LA MILPA ¿ESPACIOS MASCULINOS?

En sociedades patriarcales como la nuestra, se ha naturalizado la separación por género de los ámbitos productivos y reproductivos, públicos y privados, asignando unos a los hombres y a las mujeres otros, el cafetal es asunto de varones como lo es la milpa. Es aceptado por la familia, la comunidad, la sociedad y las instituciones del Estado, que de las actividades agrícolas primarias se ocupan los campesinos y ellas de los quehaceres domésticos, del cuidado y del traspatio.

No obstante, el estereotipo imperante según el cual el hombre es proveedor y la mujer ama de casa, madre, esposa fiel e hija sumisa en todos los casos dedicada a dar afecto y prodigar cuidados, se ha desmoronado en el imaginario social desde hace más de medio siglo. Ya no hay duda de que las mujeres rurales también son proveedoras y productoras, y desde hace dos décadas, por la migración de varones adultos y jóvenes a causa de la pobreza, la inseguridad y la violencia, se ha profundizado la feminización rural. Tal término alude a diversos procesos referentes a una creciente participación de las mujeres en ámbitos económicos, políticos, educativos y laborales; y en espacios considerados exclusivamente masculinos (Vizcarra, 2014),<sup>1</sup> así como en la jefatura de hogares rurales, ya que 24% son jefas de familia en comunidades con menos de 15 mil habitantes (Inegi, 2010).

Pero tal feminización supone desventajas para las mujeres, pues generalmente ocurre en condiciones de desigualdad de género, y conlleva nuevas responsabilidades para ellas, que se agregan a sus acostumbradas cargas de trabajo. Además de tareas domésticas y productivas en traspatios y parcelas, las mujeres se emplean por un jornal, se dedican al pequeño comercio y a muchas otras actividades. Y en ausencia de los hombres ocupan cargos comunitarios o en las agrupaciones sociales. Así, se les multiplican las jornadas domésticas, agrícolas, salariales y organizativas, al tiempo que se feminiza la vida comunitaria.

En cuanto al cafetal y a la milpa, se debe decir que pese a la tradicional división sexual del trabajo, también se trata de espacios femeninos. Además de cuidar la casa, las mujeres están en la parcela y la huerta. Por temporadas se ocupan en el corte del café o lavando, soleando y seleccionando el grano; están en la pizca o cosecha, la dobla de mazorca y el desgrane del maíz. De hecho se involucran en todas las fases del ciclo productivo haciendo las mismas cosas que los varones adultos.

<sup>1</sup> En el libro *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI: localismos, transnacionalismo y protagonismos*, publicado en 2014, varias autoras exploran diversos ámbitos y dimensiones de la feminización del campo mexicano destacando el aumento de la presencia femenina en contextos de migración y pobreza en los presentes tiempos neoliberales.

De modo que si nos preguntamos ¿quiénes participan en la producción primaria?, ¿quiénes cortan, lavan y seleccionan el grano aromático?, ¿quiénes doblan, cosechan y desgranar el maíz?, responderemos que los adultos varones pero también mujeres, niñas y niños. O sea que el cafetal y la milpa son igualmente espacios femeninos. Aunque ahí el esfuerzo de ellas se valora poco y no son quienes toman las decisiones.

En cuanto al usufructo o la propiedad de la tierra, pocas tienen derechos agrarios. Por lo mismo está limitado su acceso a los recursos naturales, productivos, al crédito y a los programas públicos. Además de que las mujeres están subrepresentadas en las organizaciones comunitarias o gremiales. Y es que 81% de los titulares de derechos ejidales son hombres y sólo 19% mujeres (Inegi 2008), lo que por cierto es un avance en relación con el pasado, pues en el censo anterior las titulares representaban apenas 1.3% del total (Inegi, 1979).

[Esto significa que] más mujeres están accediendo a la titularidad de la parcela y ese hecho facilita su reconocimiento como productoras y el acceso a programas y recursos públicos de fomento productivo, al tiempo en que repercute en el espacio público, pues su voz, su voto y los cargos de representación en el Comisariado Ejidal, de Bienes Comunales y en la asamblea comunitaria, están condicionados a la titularidad de la parcela. En este sentido, la propiedad agraria de las mujeres incide en el ejercicio de derechos agrarios, económicos y ciudadanos (Espinosa, 2011:17).

También ha crecido la proporción de mujeres titulares en el sector del café. Según el censo cafetalero de 2008, hay 25 mujeres por cada cien productores, mientras que en los anteriores padrones ni siquiera figuraban. Y en la membresía de varias agrupaciones cafetaleras, como la Coordinadora Estatal de Productores de Café de Oaxaca (CEPCO), encontramos un mayor porcentaje: 35% de los huerteros son mujeres (Aranda, 2008).

En Veracruz, de acuerdo con el padrón cafetalero de 2010, estaban registrados 90 248 productores de los que alrededor de una tercera parte eran mujeres (Amecafé, 2010). Esto puede interpretarse como un avance en el reconocimiento de los derechos de las mujeres o bien se trata de una simulación mediante la cual el productor registra como titulares del cafetal a su esposa, hijas e hijos con el propósito de recibir más apoyos fiscales. O sea que por desgracia, este dato no significa una ventaja para ellas, pues son simples prestanombres.

Sean o no titulares del predio y ejerzan o no su autonomía como productoras, lo cierto es que hay una importante ocupación femenina de estos espacios. Y es que históricamente las mujeres y niños de la familia han trabajado en ciertas labores del cafetal. Además la actividad se ha feminizado a resultas de la caída de los precios del

aromático de 1989-1994 y 1998-2004,<sup>2</sup> y sin duda por el desplome productivo que se inicia en 2013 cuando baja la cosecha de café debido a la roya y a cambios climáticos que afectaron la floración de la planta. En estas coyunturas críticas el trabajo cafetalero y no cafetalero de las mujeres se ha vuelto vital en la economía familiar. Particularmente en las comunidades más afectadas, donde se disparó la migración de varones adultos.

## PROPÓSITO Y ENFOQUE

En las comunidades del estudio se percibe una creciente contribución de las mujeres tanto en el ámbito reproductivo doméstico como en el productivo y comercial, que representa un soporte invisible, una suerte de subsidio de género a la economía campesina de los pequeños productores de la zona, muchos de ellos afiliados al Consejo Regional del Café.

Esta situación, aunque se magnifica durante las crisis –como la que vive la cafeticultura regional desde hace cuatro años–, es una realidad cotidiana de las unidades campesinas en muchas regiones de México y América Latina. Según Carmen Diana Deere, las actividades de las campesinas, son un contrapeso a los bajos ingresos agrícolas y salariales estacionales de los productores, y a la carencia o insuficiencia de seguridad social. “La perspectiva de género ha revelado que la ventaja competitiva de las unidades de producción campesina puede tener sus raíces en la subordinación de las mujeres y la subvaloración del trabajo femenino en actividades productivas y reproductivas” (Deere, 2012:169).

En cuanto a las herramientas analíticas, he elegido acercarme al tema desde un enfoque de género, indispensable para comprender el proceso de feminización en esta región asolada por la crisis. Una de las aristas de la feminización rural, con la que identifiqué el fenómeno que está ocurriendo en el centro veracruzano, es la presencia activa y visible de las mujeres en la economía familiar y comunitaria en ausencia de

<sup>2</sup> Después de la desaparición del Instituto Mexicano del Café (Inmecafé) y la liberalización del mercado de este grano en 1989, a resultas del rompimiento de los acuerdos entre países productores y consumidores de café de la Organización Internacional del Café (OIC), se presentó la primera gran crisis de precios: de 120 dólares las 100 libras de café (un quintal), las cotizaciones cayeron hasta 50 dólares las 100 libras, con una temporal mejoría en 1998, cuando empieza la segunda crisis y el precio se desploma hasta los 42 dólares las 100 libras, hasta el 2004, en que se inicia su repunte.

los varones que migran. Por lo mismo también tienen más participación en cargos públicos, comunitarios o sociales, y nuevas responsabilidades y jornadas laborales, así como oportunidades de tomar decisiones y reposicionarse. No obstante, el debate sobre las dimensiones de la feminización, es más amplio; por ello, Gisela Espinosa advierte que se habla comúnmente de “feminización del campo”, de la agricultura, de la pobreza, y hasta de la protesta, siendo nociones que requieren sustentarse en distintos planos (Espinosa, 2014).

En cuanto al género, es una categoría analítica muy útil e iluminadora que hace visible a distintos actores y grupos sociales como las mujeres, que muestra las desigualdades entre mujeres y hombres en todos los ámbitos, y maneras diferenciadas de enfrentar problemas, situaciones y realidades; que permite identificar no sólo los sistemas productivos y económicos-mercantiles, sino también los reproductivos, lo que es indispensable para una comprensión integral de los actuales escenarios rurales.

El aporte feminista al concepto de género, remite a una construcción social y cultural de la diferencia sexual, ofrece una visión del mundo y devela el *habitus* que torna la diferencia biológica en desigualdad social y ética. “El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos –afirma la feminista Joan Scott– y es también una forma primaria de relaciones significantes de poder” (en Lamas, 1996:289). Lo que subraya Marta Lamas cuando escribe que “la subordinación de las mujeres es consecuencia de las relaciones que organizan y producen el género” (1986:14).

Por otro lado, en el universo de familias y comunidades rurales, la dicotomía conceptual del género que asigna lo público y lo productivo a los hombres, y a las mujeres lo doméstico-reproductivo confinado a la esfera privada, no es tajante sino relativa. Aunque hay responsabilidades sexuadas y espacios diferenciados, la producción y la reproducción no son ámbitos tan distanciados como en la vida urbana.

Vania Salles relativiza estos conceptos al referirse al carácter del trabajo doméstico de campesinas:

Entre las campesinas están entrelazados más claramente los quehaceres social y tradicionalmente asignados a la mujer y los referidos a la producción agropecuaria [...] Esta situación cobra mayor realce cuando la casa está integrada a la milpa. Aun cuando ocupan espacios separados, aquellos reservados a la casa dan cabida para la crianza de ganado menor y para el mantenimiento de la huerta familiar. [Aquí] cobra mayor extensión lo que usualmente se llama trabajo doméstico (Salles, 1988:10).

Es el caso de las mujeres de comunidades cafetaleras del centro de Veracruz. Adicionalmente, en esta zona, la crisis del grano aromático ha evidenciado una mayor participación femenina en procesos económicos, y las múltiples funciones de las mujeres como trabajadoras, productoras, administradoras de remesas, y a la vez proveedoras y cuidadoras, doble papel reforzado por la migración masculina.

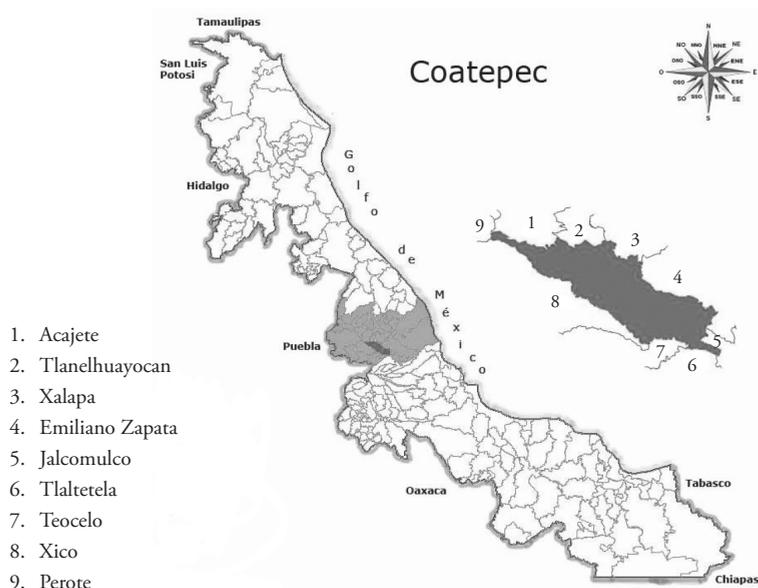
El método de esta investigación fue principalmente inductivo basado en información cualitativa y en un modesto trabajo etnográfico. De modo que algunas reflexiones y conceptualizaciones se inspiran en la observación *in situ* de la autora y en testimonios de mujeres y pequeños productores de café de la zona. En el estudio se incluyen opiniones de lugareños de ambos sexos sobre la importancia del esfuerzo femenino para el sostenimiento de las familias cafetaleras en quiebra por la crisis de la actividad. Tales percepciones inspiraron las reflexiones centrales del estudio. La investigación se llevó a cabo durante periodos cortos de 2016 y 2017, en las comunidades de Chavarrillo, Chiltoyac, Espinal, Palmarejo, Pinoltepec y San Miguel Tlapexco, con la colaboración de socios del Consejo Regional del Café de Coatepec; y de Gabriela Guzmán, quien fuera directora de una agrupación femenina nacida a la vera del Consejo: la Cooperativa de Mujeres Cafetaleras Independientes, SC, (Comucafi). Parte sustancial de la información sobre producción y precios regionales y nacionales del café fue proporcionada por el Consejo y el asesor de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOO), quien también es integrante del Consejo. En el texto incluyo testimonios de hombres y mujeres de las comunidades mencionadas, donde realicé entrevistas individuales y grupales, visitas a cafetales, milpas y viviendas campesinas.

Finalmente advierto que el presente ensayo fue posible gracias a un trabajo previo de sistematización de la historia del Consejo Regional del Café, que realice como parte de un equipo de investigación del Instituto Maya, AC; y a muchos años de colaboración de dicho Instituto con la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras.

## EL ESCENARIO

La región Xalapa-Coatepec ubicada en el centro del estado de Veracruz, es una de las diez regiones cafetaleras que se extienden por la zona montañosa donde convergen la Sierra Madre Oriental, el Eje Volcánico y la Sierra Madre del Sur.

La economía regional gira alrededor de Xalapa y Coatepec, ciudades donde se concentran comercios, servicios, varias plantas agroindustriales y empresas exportadoras. Durante los periodos críticos, como el que actualmente padece el sector cafetalero, estos dos centros urbanos facilitan la vida de mujeres y hombres de la comarca. La gente



Fuente: [https://www.google.com/serch.mapaveracruz con municipios] consultado el 06 de junio de 2017.

de las comunidades aledañas se dirige a ellos en busca de empleo: jóvenes, mujeres y campesinos que por la crisis agrícola y económica han perdido oportunidades de ingreso en sus poblados pero siguen residiendo en su comunidad de origen, como en Chiltoyac y San Miguel Tlapexco; cuyos muchachos se van a trabajar como albañiles a la ciudad próxima mientras las jóvenes laboran en zapaterías o como empleadas domésticas, y luego regresan.

En esta región la producción agrícola predominante es el café, cultivo que practican más de quince mil quinientos productores en 36 mil hectáreas, donde en condiciones normales se cosecha un promedio de 400 mil quintales de grano aromático. De las diez regiones cafetaleras de la entidad, ésta aporta el porcentaje más alto, 25% de la cosecha estatal.

Aunque se trata de una zona eminentemente cafetalera,<sup>3</sup> desde el siglo pasado en las partes planas y bajas también hay cañaverales, frutales, como el mango, algo

<sup>3</sup> La cafecultura de esta región es de rendimientos altos para la media nacional: alrededor de 15 qq/ha, los mayores de la entidad, y hay productores que dicen haber cosechado hasta 40 qq/ha, con

de ganadería y en los últimos quince años se han extendido plantaciones de limón, sustituyendo parte de los cafetales, lo que tiene que ver también con fuertes caídas en las cotizaciones de este producto.

“Antes” –cuenta Cirio Ruiz–, “así desde 2001, cuando bajaron los precios. En el pasado ya se combinaban el café y el limón, pero con la crisis se aceleró la conversión al limón” (entrevista, 2016).

La región es favorable al café en un sentido agroecológico, cultivo históricamente arraigado y dominante, pero hay diferencias que dependen de la altura y la composición de la tierra. En zonas altas, donde el suelo contiene cenizas volcánicas como en comunidades del municipio de Cosautlán, se cosecha grano de buen tamaño, reconocido por su calidad, mientras que en otras como Chavarrillo los terrenos son pobres, “a veces no se encuentra ni tepetate –dice Cirio Ruiz–, por eso el café no es tan bueno”. En los alrededores de Coatepec y Xalapa la cafecultura se remonta hasta cien años atrás, por lo que muchos terrenos de labor han perdido fertilidad. Actualmente la producción se concentra en zonas de más reciente cultivo, como en Cosautlán.

Aquí, pocas mujeres son titulares del cafetal. En comunidades montañosas como San Miguel Tlapexco de Cosautlán, por ejemplo, donde predomina la pequeña propiedad, la superficie cultivada con café se ha fraccionado mucho por la herencia de padres a hijos, pero muy pocas hijas heredan tierras. Hay jóvenes herederos con apenas cinco tareas de cafetal, otros más afortunados llegan a tener hasta doce tareas, lo que equivale a media hectárea. A ellas les va peor pues las casadas cuya pareja tiene algún terreno, deben declinar el reparto paterno. Este patrón hereditario responde al hecho de que las hijas transitan de la casa paterna en las que por razones de género carecen de derechos agrarios o patrimoniales, a la casa del marido, donde se asimilan a una estructura de género igualmente desventajosa. No obstante, recientemente en algunas comunidades de la zona de estudio, los padres han empezado a dar sus cafetales a las hijas, porque los hijos y ellos mismos se van, y aunque también ellas salen, están más ancladas en sus pueblos cerca de sus pequeños, sus madres, sus abuelos. “Mi papá me quería dar unas tareas, a mí que soy mujer –contaba María– y yo le dije: No, cómo cree, no me dé nada, sino ¿qué va a trabajar usted cuando se reponga el café?” (entrevista, 2016).

En los municipios cercanos a Coatepec aunque el café ha sido un cultivo tradicionalmente especializado, de unas décadas a la fecha, se ha empezado a diversificar

---

un manejo intensivo y tecnificado. Entre las variedades más comunes de cafetos están las arábigas. En promedio la extensión de las fincas de café, sean ejidales o privadas, es de dos hectáreas, aunque algunos tienen hasta diez.

la producción agrícola comercial y de autoconsumo, como en las partes planas de Chavarrillo. En cambio hacia la sierra, “donde el paisaje es más accidentado –dice Cirio Ruiz– no se puede diversificar, sólo se siembra y se vende café, nada más. A lo mejor hay otros cultivos pero únicamente para el autoabasto familiar” (entrevista, 2016).

En Pínoztepec, otra población del municipio Emiliano Zapata, cercana a la cabecera, además de café las familias tienen milpa, ganado y plantas ornamentales. Igual que en la vecina Palmarejo, donde en tiempos pasados se hacía panela, pues aparte de milpa se cultivaba caña, frutales y algo de café, sin faltar la crianza de animales de traspatio. Hoy algo se conserva de esta diversidad. Esto significa que donde la geografía y la altura lo permiten se trabajan cultivos comerciales complementarios del café. Pero en partes altas no hay opciones agrícolas distintas del aromático.

Lo cierto es que sean de la zona media o alta, los productores tienen una clara vocación cafetalera y en torno a este grano planean sus estrategias organizativas y de vida. Algunos que sembraron limonares, o cañaverales en las partes bajas, o que están dedicados al pequeño comercio, siguen manteniendo plantaciones de café, aunque el grueso de sus ingresos provenga de otra actividad. Y precisamente como cafetaleros se acuerpan en el Consejo Regional del Café de Coatepec, un colectivo que les da identidad.

En cuanto a las mujeres de familias cafetaleras, siempre han tenido vínculos estrechos con esta actividad.

[Para ellas] el corte de café [a jornal] es fuente de ingresos durante seis meses al año [así como] el corte del café de su propia finca [si la tienen] además de diversas actividades post-cosecha. En las zonas de mayor diversificación productiva, las oportunidades de tener ingresos a partir del corte de café son cada vez menores. Cada vez es más frecuente que las mujeres busquen otras opciones para así poder ingresar recursos económicos a la familia intentando no descuidar sus responsabilidades familiares socialmente asignadas. En este sentido, la generación de pequeños negocios y el acceso a servicios financieros toman relevancia (entrevista, Guzmán, 2016).

Desde los tiempos del Inmecafé en la década de 1970, los cortadores venían de Veracruz, Naolinco, Chiconcuaco, Providencia, Yecuatla; después empezaron a llegar de una zona indígena colindante con Puebla. Pero de cuatro años a la fecha, a causa del desplome de la producción hay menos trabajo en el corte. Lo que significa desempleo para mucha gente migrante y se traduce en pobreza y hambre.

En partes altas como Cosautlán, las mujeres de la familia acostumbran cortar el café de la propia finca y de otras plantaciones cercanas. Costumbre que en la reciente crisis se ha vuelto una tarea indispensable porque debido a la menor demanda de mano

de obra los cortadores de fuera ya no llegan y muchos de los propios productores se han visto obligados a migrar. Así, paradójicamente, se combinan localmente el menor empleo y la escasez de mano de obra. “Sacamos unos cuantos kilos de la finca –explica una campesina de San Miguel– pero compensamos cortando en otras más tupidas, menos dañadas, ¿qué le vamos a hacer si no hay peones, y necesitamos el dinero nosotras” (entrevista, 2016).

### CAFETICULTURA EN CRISIS

Desde hace cinco años las regiones cafetaleras del país viven una grave crisis por la propagación de la roya amarilla, un hongo foliar que tira la hoja del café e impide que brote la cereza. No es una plaga nueva, en México se ha coexistido con ella desde fines de la década de 1980. Sin embargo, cobró virulencia recientemente y la falta de atención gubernamental, la ausencia de investigación, de experimentación y de políticas públicas adecuadas, impidió su control y hoy se ha propagado con efectos catastróficos en algunas zonas productoras como las de Veracruz.

Según cifras de la Organización Internacional del Café (OIC), en el ciclo 2012-2013 la producción fue de 4.32 millones de sacos de café verde de 60 kilos, que era un volumen normal. Pero un año después, en el 2015-2016 y de acuerdo con estimaciones de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOCA),<sup>4</sup> las afectaciones de la plaga provocaron un desplome de la cosecha a 2.2 millones de sacos, es decir, se perdió la mitad de la producción nacional histórica. Lo que significa un retroceso de casi seis décadas, pues desde mediados del siglo pasado el promedio de la cosecha había sido de más de 4.5 millones de sacos.

En la región Xalapa-Coatepec, la plaga se propagó más que en otras zonas del país y para el ciclo 2014-2015 dañó más del 60% de los cafetales. La merma fue mayor por una corriente de aire frío que entró al Golfo de México desde el Ártico provocando lluvias en marzo, abril, mayo y junio y un periodo prolongado de bajas temperaturas. Combinación de lluvias y frío que afectó la floración del café.

<sup>4</sup> La CNOCA es un ensamble de organizaciones de pequeños productores de café de 12 estados del país. Desde su fundación en 1989, en plena crisis internacional de precios del aromático, ha pugnado por políticas públicas favorables al sector social y por la reactivación y regulación de la cafeticultura con participación campesina. Se trata una instancia de coordinación permanente del movimiento cafetalero nacional.

Un año después, en el ciclo 2015-2016, los cafetaleros se lamentaban de que la cosecha no había llegado ni al 20% del nivel regional histórico, es decir se perdió 80% de la producción. Así, de los 400 mil quintales de grano que en promedio se cosechaban ahí antes de la roya y los fríos, la producción cayó a los 80 mil quintales. Esto ha significado ruina y empobrecimiento de las familias que viven del café. “Vivimos una crisis de hambre en el campo cafetalero”, declaró entonces Cirilo Elotlán Díaz, productor del Consejo Regional del Café de Coatepec (CRCC).

Fue esa una catástrofe sin precedente en la región, y quizá la peor cosecha cafetalera nacional de los últimos 58 años, según estimaciones de Fernando Célis, asesor de la CNOC. En comunidades de esta serranía veracruzana, la crisis está desfondando a las familias campesinas, pues aumentó la migración de productores. Además de que se han visto desempleados cientos de jornaleros que habitualmente llegaban de municipios vecinos.

Pero no ha sido igual para todos. En zonas bajas, más propicias a esquemas agrícolas diversificados, los impactos negativos se han amortiguado un poco. En cambio en partes sólo aptas para el café, la crisis ha sido cruenta. Aquí, pocas familias siguen sembrando maíz, por cierto en predios rentados y lejanos a sus comunidades. Unas cuantas cultivan granos (maíz, frijol) en los claros de sus traspatios. Pero la mayoría compra maíz en tiendas de Diconsa.

En general la población de partes altas como en Cosautlán o Emiliano Zapata, ha reducido su dieta (menos lácteos, renuncia a la carne de res) y sufrido toda clase de estrecheces por el desplome de los ingresos cafetaleros. En este trance, en comunidades muy afectadas como San Miguel Tlapexco, el trabajo de las mujeres tanto en las maltrechas plantaciones como fuera de las fincas, así como las redes femeninas para el cuidado de niños y personas mayores, se ha vuelto un auténtico salvavidas.

En el último ciclo 2016-2017 los cafetaleros vivieron un respiro pues el clima fue más estable y hubo mejores floraciones que en años anteriores. Así las cosas se prevé que la producción alcanzará alrededor de 60% de la cosecha regional normal. También se elevaron las cotizaciones internacionales del aromático en comparación con ciclos anteriores.<sup>5</sup> Y con esto regresó la esperanza.

<sup>5</sup> Según datos del Consejo Regional del Café de Coatepec, de diciembre de 2016 a enero de 2017 el kilo de café cereza se pagó entre 10 y 11.50 pesos (un promedio de 10.20 pesos) cuando hace un año se compraba a 7 pesos el kilo, durante los mismos meses.

### QUIÉNES SE QUEDAN EN EL CAFETAL, QUIÉNES SE VAN...

La crisis de la cafecultura hace que mujeres y hombres se vayan de su comunidad. ¿Quiénes se quedan? Principalmente personas mayores como los consejeros fundadores del CRCC, que rebasan los 60 años. Ellos se enorgullecen de ser de una generación que heredó la cultura cafetalera de padres y abuelos. “Somos hijos del café”, dicen. En cambio los jóvenes no tienen esa vocación agrícola, y más bien avizoran horizontes alejados del campo. La falta de oportunidades económicas en sus comunidades, combinada con los atractivos de la vida urbana ha distanciado de la vida campesina a la nueva generación.

Desde niño yo anduve en el cafetal —cuenta Darío Cadena Alarcón, de El Espinal, fundador y actual secretario del Consejo Regional del Café—; mis hijos, en cambio, tuvieron escuela por el café. El café les dio educación: estudiaron bachillerato y algunos hasta la universidad. Primero ayudaban a la familia [...] Pero poco a poco se fueron yendo y hoy ya no quieren estar en el campo (entrevista, 2016).

Además de personas mayores, están las mujeres. Siempre hay por lo menos una adulta en el hogar campesino. Se quedan las hermanas grandes, las tías, las madres, las abuelas que cuidan a infantes y viejos de la familia y se encargan de las niñas y niños de otras mujeres que salen a trabajar cerca o lejos de la comunidad. Las que permanecen en la comunidad, también atienden el cafetal o la finca, porque los adultos en edad productiva se han ido a buscar trabajo y los jóvenes, incluyendo a las jovencitas, tratan de hacer su vida fuera de la comunidad.

### ROLES DE GÉNERO ANTES Y DESPUÉS DE LA CRISIS

¿La crisis modificó el patrón tradicional de la división sexual y generacional del trabajo y de las relaciones de género? En comunidades cafetaleras como San Miguel Tlapexco, las mujeres se encargan de labores domésticas y del cuidado, igual que en casi todas las regiones rurales y no rurales del planeta. Tareas que incluyen preparación diaria de alimentos, lavado de ropa, limpieza de la vivienda, provisión de leña para el fogón, crianza de pollos, siembra de plantas y condimentos en claros del traspatio o en macetas, cuidado de niños y niñas, enfermos y personas mayores de la familia, y atención del entorno ambiental, tratando de evitar la contaminación de fuentes de agua. Aquí, en la época de cosecha, también laboran en el corte del café de la huerta familiar,

lavan, secan y encostalan el grano; y muchas se emplean como cortadoras en otros cafetales. Por temporadas –y según dispongan de ganas y tiempo– algunas hacen pan, costuras, o venden comida y otros productos en fiestas comunitarias y eventos escolares del pueblo o de parajes cercanos. Muchas son beneficiarias del Prospera.

Los jefes de familia hacen todas las labores del cafetal: mantienen pequeños viveros, desombran, recepan, fertilizan, podan, cortan, lavan, secan, embolsan o encostalan el café, y finalmente lo comercializan; los organizados en el Consejo Regional del Café, asisten a reuniones, se informan, hacen uso de los servicios financieros y de comercialización que les ofrece su agrupación. Sin olvidar su participación en marchas, plantones, conferencias de prensa para exigir programas y políticas favorables al aromático o simplemente justicia. Algunos jóvenes trabajan por temporadas con sus padres en el cafetal, sobre todo si radican en el pueblo y van a la escuela. Y las chicas ayudan a sus madres, hermanas, tías y abuelas en las tareas domésticas, y también estudian.

En balance las mujeres trabajan más tiempo que los varones, dicen ellas. Su función como productoras, cuidadoras y proveedoras cotidianas de alimentos supone una inversión laboral continua todos los días del año, haciendo tareas sucesivas o simultáneas, tanto domésticas, como salariales y comerciales. Y en esto se parecen a las rurales del resto de país.<sup>6</sup>

En la crisis cafetalera de los últimos años, tal división sexual y generacional del trabajo –de por sí desventajosa para ellas– se hizo más evidente, a la vez que se potenciaron y de algún modo se colectivizaron tareas del cuidado entre mujeres.

Los varones en edad productiva que atendían el cafetal, tuvieron que salir a buscar trabajo casi siempre con exiguos resultados. En cambio muchas adultas y jóvenes consiguieron empleos como trabajadoras domésticas en Coatepec, Jalapa, Puebla, Ciudad de México. Algunas tuvieron que dejar la escuela, y otras perdieron la beca del Prospera por abandonar los estudios o por no poder asistir a las faenas y a las consultas y capacitaciones.

La mayoría de mujeres de Tlapexco creen que los recursos del Prospera han sido una ayuda sustancial en esta crisis de escasez. Aunque se les exige mucho –dicen. Lo que lamentan, es que se convoca a los jóvenes y maridos a capacitaciones especiales,

<sup>6</sup> Según la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo del Inegi, en 2015 la carga total de trabajo de las mujeres fue 18% más que la de los hombres. Si se considera sólo el trabajo no remunerado en los hogares, el realizado por las mujeres es tres veces mayor que el de los hombres y en población indígena cuatro veces mayor. Lo que habla de profundas asimetrías de género (Inegi, 2015).

por lo menos una vez al mes durante tres meses, aunque estén trabajando fuera. Con el inconveniente de que sus patronos no les permiten faltar y se pierde la beca.<sup>7</sup>

Muchas se ausentan una semana o 15 días laborando como empleadas de comercios o trabajadoras domésticas en ciudades de los estados cercanos, dejando a sus pequeños al cuidado de otras mujeres. Y las que no salen de la localidad y se responsabilizan directamente de tareas del hogar, hacen de todo para conseguir un ingreso adicional. “Unas vendemos desayunos a los maestros –decía una mujer–, otras hacen chiles en vinagre, tamales, pan... Y ahí andamos, sacando unos centavos aquí y allá” (entrevista, 2016).

Estela Casados describe una situación semejante de mujeres de comunidades del centro veracruzano pero una década antes:

Las mujeres que no migran y que se quedan en su comunidad para encargarse de los hijos de quienes se han ido al otro lado, de los propios y de sus maridos, tienen una enorme carga de trabajo que ven aminorada por la coordinación que hay entre ellas para realizarla (Casados, 2003:84).

Y sí, el actual éxodo de mujeres puso al descubierto las redes solidarias femeninas del cuidado. Y donde no las había, la necesidad las echó a andar. Padres y madres que se van dejan a los niños y niñas al cuidado de hermanas, tías, abuelas, madrinas, quienes se encargan de llevarlos a la escuela, de asearlos, de prepararles comida, de mantenerlos sanos y hasta contentos. Redes femeninas tradicionales en familias extensas<sup>8</sup> que de por sí funcionan según la necesidad, o redes de amigas, vecinas y comadres que en la crisis se fueron organizando para atender infantes propios y ajenos. Así, las que se quedan en el pueblo se ocupan del niñerío de las que se van, y se hacen cargo de espacios de vida, de afecto, de juego, tan entrañables como la casa y ahora tan anchos como la comunidad.

Las familias extensas son características de estas comunidades (centro de Veracruz) y tienen un papel preponderante en el cuidado de los miembros más vulnerables, enfermos, jóvenes, recién nacidos, entre otros [...] funcionando como un frente común de ayuda y apoyo solidario que permite al grupo sobrevivir (Casados, 2003:76).

<sup>7</sup> Datos y opiniones que 20 mujeres de la comunidad compartieron en una reunión con la investigadora (2016).

<sup>8</sup> Grupos conformados por varias familias nucleares y por otros miembros asimilados a la unidad doméstica: parientes lejanos, amigos, compadres, infantes adoptados, que participan en las actividades productivas, domésticas y recreativas del grupo y comparten el mismo espacio de vida.

Antes, hace cinco o diez años, los varones adultos se iban a Estados Unidos, hoy la mayoría viaja a Jalapa a trabajar en la construcción como albañil o vigilante. Y algunos jóvenes salen en grupo una o dos veces al año a eventos en el puerto de Veracruz donde se contratan meseros. Pero en los pequeñísimos negocios, en el comercio, en el jornal agrícola y en empleos domésticos, las mujeres han encontrado más oportunidades de trabajo asalariado que ellos, o cuando menos así lo perciben. Y tanto ellas como los varones entrevistados coinciden en que en esta crisis, el gasto familiar ha descansado principalmente en el sobreesfuerzo femenino. Ocupando un segundo lugar los ingresos del Prospera –que también las comprometen laboralmente a ellas– y las remesas que envían parientes migrantes.

### ORGANIZARSE Y CUIDAR, ORGANIZARSE Y VENDER. DOS CARAS DE LA ECONOMÍA CAMPESINA

Los cafetaleros se agrupan para conseguir mejores condiciones de venta y precios más altos para el grano aromático, así como para exigir políticas públicas y programas favorables al sector. Muchos están asociados con el Consejo Regional del Café de Coatepec y algunos de los pioneros participaron en el movimiento cafetalero veracruzano de fines de la década de 1980, que demandó precios dignos por sus cosechas al Inmecafé, y que luego emprendió el camino de la autonomía comercializando el grano aromático directamente, al margen de la paraestatal y de coyotes e intermediarios. “Nacimos hace más de 30 años. Y todo este tiempo hemos estado luchando”, se ufana el consejero fundador Delfino Durán Hernández.

En las movilizaciones cafetaleras de la década de 1980 seguramente participaron mujeres defendiendo el patrimonio familiar. Pero fueron contadas las que se integraron a la vida orgánica del Consejo, ya que: “El trabajo de la organización se centra en el ámbito del quehacer masculino: la producción, industrialización y comercialización del café” (entrevista, Guzmán, 2016).

El Consejo agrupa alrededor de tres mil socios de once municipios: Coatepec, Jalcomulco, Actopan, Emiliano Zapata, Cosautlán de Carvajal, Ixhuacán, Teocelo, Xico, Xalapa, Xilotepec y Naolinco. Se define como una organización plural no comprometida con ningún credo ni partido político y miembro activo de la CNOC, a la que pertenece. Actualmente el consejero Cirilo Elotlán Díaz es secretario general de dicha Coordinadora.

Organizarnos es una tradición –dice un consejero– que nos viene del movimiento cafetalero veracruzano [...] Gracias a eso tenemos influencia en las políticas cafetaleras

estatales y nos hemos ganado el reconocimiento del gobierno, la sociedad y de otros consejos cafetaleros de Veracruz. Casi siempre nos consultan, nos piden opinión porque saben que somos la agrupación más fuerte, informada y unida de todo el estado (entrevista, 2016).

Pero el Consejo es también un colectivo eminentemente masculino. No hay una sola consejera aunque en sus empresas sociales sí laboran algunas técnicas y administradoras.

Desde fines de la década de 1990, el Consejo creó empresas de servicios múltiples para sus asociados (beneficiado, comercialización y financiamiento). A principios del nuevo milenio se constituyó un área de mujeres y en el 2003 se conformó la Cooperativa de Mujeres Cafetaleras Independientes, SC (Comucafi), que se autonomizó del Consejo hace algunos años.

En la página web de la Comucafi creada el 17 de septiembre de 2008, se describe el origen de esta sociedad civil:

La Comucafi surge del Consejo Regional del Café de Coatepec (Corecafeco), organización de productores de café del centro de Veracruz cuya formación data de la década de los ochenta [...] Ante la prologada crisis cafetalera en el año 2000, se abre el área de mujeres en la organización y se inicia un programa de microcréditos con recursos federales, cuyo funcionamiento no se adecuaba a las necesidades y posibilidades de las mujeres de la región. En el 2003, se conforma la Comucafi con el fin de generar una organización de base, basada en el ahorro y en el esfuerzo colectivo que busca la autosuficiencia social y financiera.

La misión expresa de esta Cooperativa fue:

Organizar grupos comunitarios de mujeres rurales y semiurbanas del centro de Veracruz en donde se promueva el ahorro, el crédito y actividades que reconozcan la capacidad y los derechos de las mujeres, considerando sus necesidades, sus intereses, su seguridad y su realización como un ser consciente a fin de contribuir en la construcción de una sociedad más justa, basada en el apoyo mutuo.

Su área de influencia se extendió a 64 comunidades de los municipios de Actopan, Alto Lucero, Coatepec, Cosautlán, Emiliano Zapata, Jilotepec, Naolinco, Teocelo y Xico, donde se impulsaron líneas de acción relativas al “ahorro, crédito, organización cooperativa, capacitación en uso y manejo de plantas medicinales, apoyo a negocios de las socias y formación ciudadana” (Comucafi).

Después de independizarse del Consejo, la Cooperativa se aplicó a fomentar el ahorro, y a otorgar micro créditos a partir de grupos solidarios de mujeres socias.

En esta transición hubo un cambio importante en las prioridades: de ser el microcrédito el centro de las operaciones financieras, se estableció el ahorro como base para impulsar la autonomía tanto a nivel organizativo como individual (entrevista, Guzmán, 2016).

Gracias a recursos de Fomento Social Banamex, sumados a los ahorros de las socias, la Comucafi formó un fondo revolvente, que ha servido para la reconstrucción y mejoramiento de vivienda y la reactivación de proyectos productivos en la región. En cuanto a los créditos para vivienda, los hubo desde 13 mil hasta 20 mil pesos, y muchas entrevistadas se mostraron conformes y satisfechas con las obras realizadas. Hoy la Cooperativa está conformada por 90 grupos integrados por cerca de 1 200 mujeres de 30 comunidades en seis municipios (entrevista, Guzmán, 2017).

A diferencia de las microfinancieras comerciales, en la Comucafi se le dio prioridad al ahorro sobre el crédito. Y según Guzmán, quien fue su directora, los logros a más de diez años son notables.

En los comienzos de la Cooperativa las socias tenían sentimientos encontrados en relación con los créditos. Por un lado albergaban la ilusión de disponer de recursos adicionales al precario presupuesto familiar y el anhelo de iniciar una actividad productiva, en tanto que por otro lado también sentían vergüenza de exponer sus carencias frente a un colectivo y temor de no tener la capacidad de pagar el crédito. A diez años de distancia las socias de la Cooperativa han asumido el ahorro y el crédito como parte de la dinámica familiar, lo que repercute en su vida desde diversos ángulos. Las mujeres han logrado consolidar sus negocios, han resuelto problemas de salud, se han incorporado a la toma de decisiones en la familia, han mejorado sus viviendas, se han dado cuenta de que tienen capacidad de soñar y de hacer realidad sus sueños, han disminuido su tensión gracias a que cuentan con un fondo de ahorro, han fortalecido su autonomía y/o han disminuido la dependencia hacia sus maridos, etcétera. Actualmente muchas mujeres han integrado el ahorro y los créditos en sus estrategias de reproducción y han encontrado la forma de sacarles provecho o, al menos, de no salir perjudicadas en su manejo [adecuándolos] a las necesidades y a los recursos con los que cuenta el grupo doméstico (Guzmán, 2014:69-70).

Durante los primeros años, el manejo financiero se hacía en la comunidad, con asesoría de las promotoras de la Comucafi. Pero esta cooperativa creció rápidamente avanzando hacia la regulación de instancias financieras, cuya normativa y controles hacendarios son muy rígidos. El hecho es que el equipo directivo y de promoción no tuvo tiempo ni capacidad para entrenar en el buen manejo de los recursos a los grupos comunitarios y a sus tesoreras, de modo que hubo irregularidades y en algunos creció el sobreendeudamiento. Finalmente la operación acabó centralizándose en una

gerencia profesionalizada, semejante a la de las microfinancieras comerciales. No es propósito de este trabajo analizar el desarrollo y los quiebres de la Cooperativa. Lo que aquí interesa es saber si junto con otras medidas, el mecanismo de autofinanciamiento fortaleció lazos solidarios de mujeres en la coyuntura crítica que vengo analizando.

En San Miguel Tlapexco, se integraron cinco grupos de 20 mujeres cada uno. Ahorraban regularmente –cada mes– y cuando lo necesitaban sobre el monto de su ahorro pedían préstamos para actividades productivas y necesidades sociales. Según el reglamento de la Comucafi, el monto del préstamo podía ser hasta del triple de la cantidad ahorrada. Las socias solicitaban crédito para fiestas escolares, compra de uniformes y útiles, para el mejoramiento de vivienda, y también para financiar labores del cafetal o comprar animales. Por lo general pagaban su adeudo al finalizar la cosecha cafetalera y venderse el grano. Varias ahorradoras afirman que gracias a “la caja de ahorro y préstamo” se logró detener un poco la migración de varones adultos. Con el crédito se sufragaban gastos de alimentación familiar y pago de peones en la finca, sobre todo en la época de cosecha. Esta contribución se sumaba a otros créditos que conseguía el productor, y a los subsidios cafetaleros, cuando los había. Dicen ellas que aunque no era gran cosa, en momentos críticos lo que conseguían resultaba vital para mantener a flote la economía familiar.

Aquí, como en otras comunidades, la Cooperativa fue un motor de cambio en las relaciones familiares y comunitarias al dotar a las campesinas de cierta autonomía ya que pudieron ahorrar, manejar dinero propio y no depender exclusivamente de lo que les daba el marido. Y el hecho de que estuvieran agrupadas, también les abrió espacios más allá de su hogar en los que podían compartir, socializar problemas y decidir sobre asuntos comunes.

Pese a ello, durante la reciente crisis cafetalera las mujeres de Tlapexco no recurrieron a la Caja de Ahorro. ¿Por qué? Podría pensarse que lo más lógico era pedir prestado. La realidad y el buen criterio de las mujeres pusieron de manifiesto que no era así. El colapso productivo de las plantaciones fue tan severo y tan cuesta arriba y lenta la perspectiva de recuperación, que resultaba un desatino apostarle al café. Y es que la muy eventual mejoría de la siguiente cosecha dependía del clima, de un efectivo control de la roya, de la renovación de plantas enfermas, de apoyos fiscales que por cierto no llegaron. La mayoría, factores sobre los que el productor no tiene el más mínimo control, pese a los esfuerzos del Consejo Regional del Café.

En vez de esto, como hemos visto, en las comunidades cafetaleras se generó una diáspora en busca de empleo. Y los ingresos de hombres y mujeres que lograron conseguir algún empleo remunerado, junto con las remesas y las becas del Prospera, aportaron recursos mínimos necesarios para el sostenimiento familiar y comunitario.

Pero a la vez, y como significativa contraparte del esfuerzo de quienes salieron a buscar el sustento necesario, se evidenció la potencia solidaria de las redes femeninas del cuidado, de las que –a la hora de la necesidad– dependió la continuidad de la vida familiar y comunitaria.

## EN RESUMIDAS CUENTAS

La crisis puso al descubierto que las economías familiares en zonas cafetaleras como ésta, no dependen ni exclusiva ni principalmente de los ingresos por la venta del grano aromático. En la difícil coyuntura, la producción de autoabasto, la provisión de alimentos y servicios por cuenta propia y el poco valorado universo doméstico del cuidado a cargo de las mujeres reveló su centralidad. Quedó claro también que en situaciones difíciles y de gran riesgo, la vida tiende a feminizarse; cobra mayor importancia la función que de suyo cumplen las mujeres y que en esos momentos se muestra aún más esencial. Reproducción doméstica, trabajo productivo en el cafetal y en otras labores asalariadas, dentro y fuera de la comunidad.

Se ha dicho ya que en ausencia de los maridos ellas tuvieron que hacerse cargo del cafetal. Un programa de desarrollo que en esa coyuntura una promotora del Comucafi alentó en dos comunidades, resulta muy elocuente. Se trata del proyecto de “Conservación de aguas y suelos para el desarrollo comunitario en el Corredor Limones-Tlapexcatl”, financiado por el Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza, AC, que empezó a impulsarse hace tres años.<sup>9</sup> El proyecto dotó a las familias participantes de estufas ahorradoras, y en lo agrícola les dio recursos y plantas para diversificar el cafetal, así como capacitación y materiales para composteo y siembra de hortalizas con prácticas de retención de suelos. El proceso inició con cuatro sesiones de diagnóstico y capacitación, en las que al principio la concurrencia fue mixta. Pero después, cuando se agudizó la crisis, muchos varones se retiraron y quienes siguieron asistiendo, capacitándose y compartiendo tareas del programa fueron principalmente mujeres. Así que en las prácticas de composteo, de horticultura, de retención de suelos, fueron y son ellas quienes están presentes. Ciertamente que estas tareas aumentan sus cargas laborales. Pero hay aprendizajes que valoran, novedades y experiencias en las que les da gusto adentrarse.

<sup>9</sup> Este Fondo se constituyó en 1994 con el propósito de financiar proyectos para la conservación de la biodiversidad en México, lo que hace desde 1996 a partir de convocatorias y programas específicos.

De manera que en esta zona, la feminización de la vida en momentos de crisis abarca ámbitos laborales muy diversos: el productivo, el reproductivo, el comunitario, el de la organización gremial e incluso la gestión y operación de programas de desarrollo agrícola, como el mencionado. Y en este difícil contexto, la emergencia, reactivación o puesta en marcha de redes femeninas del cuidado, resulta particularmente significativa. En primer lugar, porque la tarea de cuidar, alimentar y dar afecto –tanto a infantes como a personas de la tercera edad–, se torna una responsabilidad compartida entre varias, lo que también trastoca espacios familiares y de algún modo los extiende y los abre hacia la comunidad. ¿Podría pensarse que este quehacer compartido rompe el encierro de las mujeres en tales tareas obligadas y generizadas? ¿Quizá ellas ganan un espacio público, comunitario, al socializar el cuidado, y evidencian la importancia ética de este quehacer?

Vale recordar que las necesidades del cuidado y las responsabilidades de brindarlo, son ideológicas, culturales, socialmente construidas, y parte de un discurso que naturaliza y asigna a las mujeres los roles de cuidar, como advierte Valeria Esquivel, economista feminista (Esquivel, 2012:151).

Sin duda en esta crisis cafetalera, las redes femeninas del cuidado se mostraron como un valioso recurso de la sobrevivencia, una tabla de flotación y el puente necesario para que otras mujeres (y hombres también) salieran a buscar empleo fuera de la comunidad. Fue un ejercicio notable de solidaridad femenina que potenció el cuidado, develando su centralidad en el sostenimiento de la vida familiar y comunitaria. Nos preguntamos si la experiencia cambió en algo la percepción de los varones y de la sociedad en general, si dejó entrever que la tarea de cuidar debería ser responsabilidad de todos y no sólo de las mujeres.

Las crisis son momentos de tensión y ruptura, en las que se crean nuevos arreglos familiares, comunitarios y sectoriales, que alteran entramados y equilibrios socioeconómicos, y que en algo modifican las relaciones tradicionales entre hombres y mujeres.

Si la roya se controla y mejora la producción cafetalera, si los precios no caen demasiado o incluso repuntan, si las organizaciones se mantienen activas y si a mediano plazo la caficultura regional se recupera, seguramente la dinámica económica, productiva y laboral tenderá a restablecerse. Pero habrá condiciones nuevas, percepciones y voluntades diferentes, pues tanto varones como mujeres, jóvenes y adultos, encontrarán cambios y trastocamientos en los roles de género. El futuro de una trama diferente en este sentido, y menos asimétrica para ellas, dependerá en parte del enraizamiento y profundidad de los cambios. Quienes en mayor medida ayudaron a sostener la vida familiar y comunitaria, no podrán volver a ser las fantasmas o los

personajes siempre invisibles, y quizá tampoco serán los mismos aquellos varones que valoraron este esfuerzo. ¿O sí?

## BIBLIOGRAFÍA

- Aboites, L. (1980). *Apuntes sobre los trabajadores agrícolas de Coatepec*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Amecafe-Sagarpa-SIAP (2010). *Padrón Nacional Cafetalero*, Veracruz [https://www.yumpi/padrón.nacional-cafetalero-amecafe].
- Aranda Bezaury, J. (2008). “Mujeres con aroma de café”, *La Jornada del Campo*, núm. 8, 12 de junio.
- (2008). “Abriendo brecha. Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo, Oaxaca, precursora del café orgánico y del mercado justo”, *La Jornada del Campo*, núm. 4, 15 de enero.
- Bartra, A. (2008). “Domesticando al café”, *La Jornada del Campo*, núm. 9, 12 de junio.
- Bartra, A., R. Cobo y L. Paz Paredes (1995-1996). “Dos siglos de cafeticultura en México a muchas voces”, *Ojarasca*, núm. 46, diciembre-junio.
- (1975) “La actividad cafetalera: realidades y perspectivas”. *Revista del México Agrario*, año VIII, núm. 1, México, Editorial Campesina.
- Casados González, E. (2003). *Crecer como mujeres. Ciudadanía rural en Veracruz*. México: UAM-Xochimilco.
- Célis Calleja, F. (2009). “Las organizaciones de los cafetaleros”, *La Jornada del Campo*, núm. 26, 14 de noviembre.
- Deere Diana, Carmen (2012). “¿Qué diferencia resulta de la perspectiva de género? Repensando los estudios campesinos”, *Revista Umbrales II del Posgrado en Ciencias del Desarrollo*, Bolivia, La Paz.
- Espinosa Damián, G. (2011). “Feminización de lo rural y políticas públicas. Nuevas realidades y viejas políticas”, en Federico Novelo Urdanivia (coord.), *La UAM ante la sucesión presidencial. Propuestas de política económica y social para el nuevo gobierno*. México: UAM-Xochimilco.
- (2014). “Feminidades rurales emergentes y viejas estrategias gubernamentales”, en Ivonne Vizcarra Bordi (comp.), *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI. Localismos, transnacionalismos y protagonismos*. México: UAEM/Plaza y Valdés.
- Esquivel, Valeria (2012). “Cuidado, economía y agendas políticas: una mirada conceptual sobre la organización social del cuidado en América Latina”, en Valeria Esquivel *et al.*, *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. Santo Domingo, República Dominicana: ONU-Mujeres.
- Inegi (1979, 2018, 2010, 2015).
- (2014). *Encuesta nacional sobre el uso del tiempo*, México.

- García Morales, S. (texto e investigación) (1989). "Coatepec, Veracruz: imágenes de su historia". Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz.
- Guzmán Gómez, G. (2014). "Saberes y razones. La deuda: del sueño a la pesadilla colectiva. Endeudamiento de mujeres rurales del centro de Veracruz", *Desacatos. Revista de Antropología Social*, núm. 44, enero/abril (ISSN 1405-9274), pp. 67-82.
- Lamas, Martha (1986). "Introducción. Antropología feminista y categoría de género", en Ludka de Gortari (coord.), *Revista Nueva Antropología. Estudios sobre la mujer: problemas teóricos*, núm. 30. México: Conacyt/UAM-Iztapalapa.
- (1996). "El género: la construcción cultural de la diferencia sexual", *Las ciencias sociales en estudios de género*. México: PUEG/Porrúa.
- López Decuir, V. et al. (1986). *El proceso histórico de desarrollo capitalista en la región de Coatepec, Cuadernos iieses*. México: Universidad Veracruzana.
- Paz Paredes, L. (1995). "Una mirada al periodo de crisis de la cafecultura mexicana", *Cuadernos Agrarios*, núm. 11-12, nueva época. México, enero-diciembre, pp. 79-94.
- (2015). "Estrategias de vida familiares y organizativas de los pequeños productores de café en México", en Jesús Madera, Olivia Garrafa et al., *Estrategias organizativas y de reproducción para el desarrollo local*. UAN/Juan Pablos Editor, México, pp. 51-68.
- Salles, Vania Almeida (1988). "Mujer y grupo doméstico campesino: notas de trabajo", en Josefina Arana B. (comp.), *Las mujeres en el campo. Memoria de la primera reunión nacional de investigación sobre mujeres campesinas en México*. Oaxaca: Instituto de Investigaciones Sociológicas de la UABJO.
- Vizcarra Bordi, Ivonne (comp.) (2014). *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI. Localismos, transnacionalismos y protagonismos*. México: UAEM/Plaza y Valdés.

## DOCUMENTOS

Informes sobre la crisis cafetalera 2013-2017 de la CNOC.  
Página web de la Comucafi, consultada en abril 2017.

## ENTREVISTAS

Socios directivos del Consejo Regional del Café de Coatepec (CRCC), y hombres y mujeres de Chavarrillo, Chiltoyac, Espinal, Palmarejo, Pinoltepec y San Miguel Tlapexco, en 2015-2016.

Fernando Célis Calleja, asesor de la CNOC y del CRCC, 2015, 2016, 2017.

Gabriela Guzmán Gómez, 2016, 2017.



LEONORA CARRINGTON | *A hug*  
Bronce a la cera perdida, 124 x 80 x 40 cm  
Fotografía de Pedro San Nicolás